



YO TAMBIÉN quiero que me incluyan

Por Juan Carlos Ramírez Larizbeascoa *

Cada cierto tiempo aparecen en los ambientes académicos, sociales, económicos o políticos unos inventos verbales orientados a decir cosas obvias, que suenan evidentes pero que pueden resultar sospechosas después de un somero análisis. Frases como “responsabilidad social”, “hoja de ruta”, “inteligencia emocional”, “desarrollo sostenible”, “inclusión social” y muchos otros clichés les resultan muy útiles a un surtido número de instituciones y personas para etiquetar sus discursos, que no sus acciones.

Esta vez trataremos de la inclusión social. Me imagino, porque nadie la ha definido hasta ahora, que con inclusión social se refieren a un o unos grupos discriminados en razón de su etnia, ubicación geográfica, condición económica y clase social. Lo que sí me queda claro en esta indefinición es quiénes están incluidos.

Están incluidos todos los nativos amazónicos, que lo gran derogar leyes y eliminar gabinetes. Están incluidas las comunidades andinas, las cuales, todas ellas, logran movilizar primeros ministros, detener hidroeléctricas y poner de rodillas al Gobierno. Si alguien lo duda puede remitirse a Bagua y a Sicuani.



El motivo puede ser cualquiera que tenga suficiente cobertura mediática, el talado de árboles de Barranco por ejemplo, que además tiene el componente ecológico, muy necesario ingrediente de cualquier protesta en estos tiempos.

Están incluidas todas las ONG, desde la más grande a la más chiquita, que pueden regar por el mundo todas las falsedades que quieran, con el Gobierno apareciendo detrás de ellas y tratando, penosamente, de convencer con la verdad. Por supuesto, para la actual moda internacional, el Gobierno, por el solo hecho de serlo, también se encuentra como “no incluido”.

Y así he llegado a la conclusión de que ni yo ni el Gobierno estamos incluidos. Y no estamos incluidos porque tenemos que recurrir a un dialogo asimétrico, rogar porque nos entiendan, echarnos la culpa por lo mal que nos comunicamos, comprender a los que no nos comprenden, perdonar a los que nos humillan, hacer de idiotas ante las claras intenciones de los que nos tratan como unos débiles idiotas. Maltratar a los que sí están con nosotros, y nos protegen y mueren por nosotros, los no incluidos, como la Policía y el Ejército.

Yo no me siento incluido. Y voy a tratar de incluirme por la vía que resulta eficaz para este propósito. Voy a formar la Federación de Comunidades Nativas de San Isidro-Miraflores-Surco-Barranco. La primera acción de nuestra Federación será tomar el nudo de las avenidas Javier Prado y Paseo de La República indefinidamente. El motivo puede ser cualquiera que tenga suficiente cobertura mediática, el talado de árboles de Barranco por ejemplo, que además tiene el componente ecológico, muy necesario ingrediente de cualquier protesta en estos tiempos.

Por supuesto, nuestros pedidos serán la desaparición de los combis de nuestras comunidades, la desaparición de los rompe muelles, la ejecución de los criminales, la eliminación del SAT y la renuncia inmediata de todos los alcaldes.

Si, en un alarde de viveza, las autoridades sacan un plan de transporte alterno, y tratan de desviarlo por la avenida Arequipa o por la carretera Central, pues expandiremos nuestra acción a estas avenidas, o pediremos ayuda a las hermanas comunidades de La Victoria, Jesús María y Lince para que apoyen a sus hermanos nativos, los de nuestra federación, tomado las avenidas que pasen por sus territorios comunales.

Estoy seguro de que con estas acciones lograremos estar incluidos.



He llegado a la conclusión de que ni yo ni el Gobierno estamos incluidos. Y no estamos incluidos porque tenemos que recurrir a un dialogo asimétrico, rogar porque nos entiendan, echarnos la culpa por lo mal que nos comunicamos, comprender a los que no nos comprenden, perdonar a los que nos humillan.

Por otro lado, y meditando sobre los que sí tienen éxito en el mundo, he descubierto que el éxito se caracteriza por escoger bien a quienes gobiernan y luego no fastidiar a nadie con “consultas”, “diálogos” o “concertaciones”. Que yo sepa, en Suiza, Estados Unidos, Japón, China, India o cualquier otro país de éxito, o en vías de tenerlo, no hay ninguna de estas exageraciones “democráticas”. Los que gobiernan, pues gobiernan, y no andan preguntándole a todos, todo el tiempo, qué hacer.

Por supuesto, el argumento inmediato de quienes lucran con ser “intermediarios” de tanto diálogo es que el Perú es diferente, somos “pluriculturales”. ¿Y quién no es pluricultural? Estados Unidos tiene un presidente negro; la India está dividida en un sinnúmero de castas, idiomas, etnias y sectas; Suiza está compuesta por lo menos de tres partes: alemana, francesa e italiana. De la China mejor ni hablar, hay como sesenta países diferentes allí adentro, y hay que ver cómo responde ese Gobierno cuando alguien se le levanta. Todos somos pluriculturales y todos tenemos diferentes niveles educativos y diferentes niveles de pobreza, que en la Calcuta india son mayores que en casi todo el Perú.

¿Qué hace la diferencia? Pues la hace que hay Gobiernos que gobiernan y otros que se escudan detrás de la “necesaria comunicación” para no gobernar. Y el mejor ejemplo ha sido el del terremoto de Pisco. ¿La gente de Pisco, Ica y los otros pueblos quiere “dialogar”? No quiere dialogar, quiere un Gobierno que vaya y que actúe, pero ya. Que actúe como actuó el gobierno de Chile, que de inmediato envió un hospital de campaña de su ejército, más grande y moderno que nuestros hospitales, y, para vergüenza nuestra, resguardado por infantes de marina chilenos. Y lo hizo porque, además de servir a los afectados peruanos, hay suficiente número de ciudadanos de ese país trabajando en la agricultura de Ica.

El piloto de un avión debe pilotar como el presidente de un país debe gobernar. Nunca he visto un piloto o un copiloto que salga de la cabina y vaya a preguntarle a los pasajeros qué opinan sobre la forma de volar, cómo pasaremos las turbulencias, cómo giraremos o aterrizaremos, o qué les parece si mejor evitamos las nubes. Si

te eligieron para pilotar, pues manos a la obra, y que se persiguen los pasajeros para ayudarte con sus oraciones y no con sus intervenciones.

Yo no me siento incluido y quiero estarlo. Pero no entre los discriminados minoritarios de la clase “formal”, asediados estos sí por los aparatos represivos del Gobierno, como la Sunat, las municipalidades, los ministerios, el Indeci, etc. Quiero estar entre los no discriminados, que son el 70% del Perú, los incluidos que viven felices, no los persigue nadie, todos les hacen caso, todos los quieren, los escuchan y los apoyan, aquí y afuera. ■

* Socio de International Advising & Consulting Company S.A.C.



¡Fíjate, hermanito!... ¿o te sobra la plata?

(El inexplicable caso de los semáforos humanos)

Por Javier Piqué del Pozo *

Hace unos años, cierta publicidad hacía esa pregunta a los televidentes. Los conductores limeños bien podríamos preguntar “¿le sobra la plata al Estado?” ¿Sobra tanto personal policial que, para darle trabajo, apagamos el semáforo y lo ponemos a hacer el trabajo de la máquina? No parece haber otra explicación lógica para ocupar a numerosos agentes del orden, tan reclamados por la inseguridad ciudadana que vivimos, dirigiendo el tránsito en cruces donde operan semáforos. ¿Cuál es el resultado? Mucha más congestión que la habitual. Los sufridos conductores limeños comprobamos a diario que: cruce congestionado, sinónimo de “personal” dirigiendo el tránsito. Esto no debe continuar.

El tráfico fluido tiene soluciones técnicas. Un buen diseño vial y programación apropiada de semáforos. Un óvalo es una solución eficiente para un cruce congestionado. Sin embargo, diariamente se puede observar en el óvalo Monitor, entre Surco y La Molina, que a determinada hora se colocan policías en cada esquina y crean una congestión espantosa por el excesivo tiempo que le dan a alguna dirección. Así, quienes vienen de la avenida El Polo, por ejemplo, no tienen cuándo pasar, creándose interminables filas. Algunos ruegan llegar antes de que aparezca la Policía. Pero esto no tiene que ser así. Un óvalo opera solo y la intervención policial solo se justifica en ciertos instantes en que las vías se saturan.

Desde el Colegio de Ingenieros de Lima enviamos reclamos a los ex ministros del Interior, Mazzetti y Alva Castro. Respondieron enviando a un coronel a conversar con el CIP. Justificó su medida en la obsolescencia de los controladores de los semáforos. Puede ser. Pero no justificó por qué se le da 10 minutos a una vía en perjuicio de otra, con semáforos humanos creando una ilusión de ola verde cuyo resultado es largamente mayor congestión.

La introducción de policías sustituyendo semáforos fue una novelaría de un ex presidente en el año 2000. Se enfatizó el empleo de mujeres policías señalando que ellas eran más severas e incorruptibles. Pue-

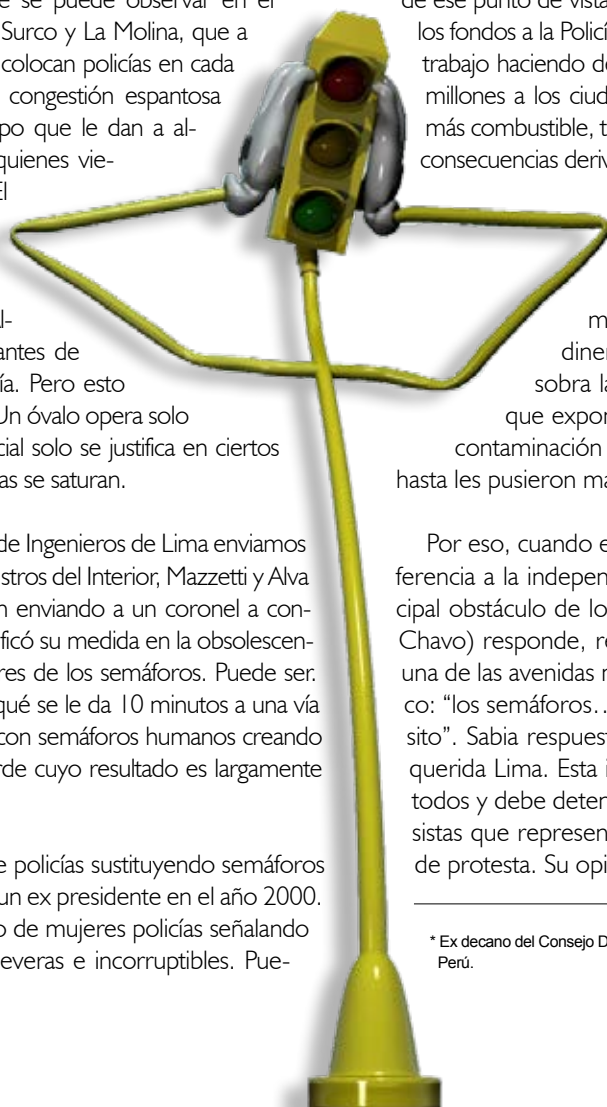
de ser, pero no para hacer de semáforos. Los ingenieros sabemos que los tiempos de espera en un semáforo son regulados para que sea el menor posible y proporcional al volumen de tráfico de cada vía. En ninguna parte del mundo hay que esperar entre 8 y 10 minutos para cruzar una vía semaforizada, porque entonces la vía lateral se llena de vehículos, bloquea calles aledañas y la congestión es mayor. Tampoco se debe esperar hasta que pase el último vehículo de una vía antes de darle pase a la otra. Por lo tanto, el trabajo técnico que realizan estas personas no tiene sustento, es deficiente y produce pésimos resultados.

El presupuesto de la República exige que los gastos de las entidades del Estado estén debidamente sustentados por resultados, como en cualquier empresa privada. Desde ese punto de vista, el ministro Carranza debería cortar los fondos a la Policía Nacional, ya que el resultado de su trabajo haciendo de semáforos es desastroso, le cuesta millones a los ciudadanos y al país. Usted lector, gasta más combustible, tiempo y dinero en medicinas para las consecuencias derivadas de la tensión y el mal humor.

¿Dónde están las autoridades responsables: municipales y políticas? ¿No se dan cuenta de que este mal uso del personal está costando dinero al país? Ministro Carranza, ¿nos sobra la plata? ¿No ven los jefes policiales que exponen por horas a estas personas a la contaminación y que enfermarán en unos años (¡si hasta les pusieron mascarillas!)?

Por eso, cuando el profesor Jirafales pregunta, en referencia a la independencia mexicana, ¿cuál fue el principal obstáculo de los insurgentes? Quico (el amigo del Chavo) responde, recordando que Los Insurgentes es una de las avenidas más transitadas de Ciudad de México: “los semáforos... los baches... los agentes de tránsito”. Sabía respuesta directamente aplicable a nuestra querida Lima. Esta incompetencia nos está costando a todos y debe detenerse. ¿Dónde están los 35 congresistas que representan a Lima? Lector, deje oír su voz de protesta. Su opinión importa. ■

* Ex decano del Consejo Departamental de Lima del Colegio de Ingenieros del Perú.





Lehman Brothers: Un año después

Por Carlos A. Anderson *

El 15 de septiembre del 2008 ha quedado grabado en los anales de la historia económica del mundo. Ese día, sin grandes aspavientos, se anunciaba la quiebra de Lehman Brothers, el cuarto banco de inversión más importante de los Estados Unidos. Su excesivo nivel de apalancamiento (un total de activos de US\$ 600,000 millones, equivalentes a 30 veces el capital del banco) le había hecho la peor jugada que uno se pudiera imaginar: de un solo golpe, la actualización a la baja (*mark-to-market*) de activos relacionados con su cartera inmobiliaria (de unos US\$ 80,000 millones) había dejado al banco con capital negativo, es decir, en bancarrota.



Un año después de la caída de Lehman, los inversionistas en bolsa se encuentran casi eufóricos, convencidos de que la recuperación económica está a la vuelta de la esquina y que probablemente esta será de naturaleza duradera.

Lo sorprendente del caso es que Lehman Brothers no era el único banco o "institución financiera" (para incluir en el concepto a compañías de seguros, compañías de manejos de activos, fondos de capital privado y fondos de cobertura) que, como resultado de la caída vertiginosa de los precios de los inmuebles, se encontraba en tan difícil situación. No era el único, pero sí el más visible y -hay que decirlo- el que menos amigos tenía. Para su desgracia, la Reserva Federal y el Tesoro norteamericano (en esos momentos manejado por Henry Paulson, el ex gran jefe de Goldman Sachs, archienemigo de Lehman Brothers y de su presidente, Richard Fuld) habían decidido hacer de la quiebra de Lehman Brothers un ejemplo de carácter disuasorio. En el sustrato de su decisión había una vieja discusión de naturaleza académica: la necesidad de evitar el "riesgo moral" que surge de decisiones que parecieran premiar el mal comportamiento. Desafortunadamente para los Estados Unidos y para el resto del mundo, el "timing" no podía ser peor, ya que ponerse a dar lecciones de riesgo mo-

ral cuando se está en una situación de "riesgo sistémico" era la receta perfecta para el desastre, como en efecto se dio.

Un año después de la caída de Lehman Brothers, el futuro sigue siendo incierto. Aunque comienzan a darse algunas señales positivas, los gigantescos esfuerzos de los Gobiernos de Estados Unidos y el resto del mundo, tanto en materia de política monetaria como fiscal, no han sido suficientes para devolver a sus países a la senda de crecimiento económico sostenido en la que se habían mantenido por casi seis décadas. El crédito y la confianza son aún demasiados escasos. Las entidades financieras supervivientes -con o sin riesgo moral- lucen todavía frágiles y, aunque nadie lo diga en voz alta, siguen teniendo, stricto sensu, capital negativo. Los consumidores en general, y en particular los consumidores norteamericanos, continúan en estado de *shock*, sin saber qué hacer ante la triple tragedia de una economía familiar más pobre (en términos del valor de sus casas y sus portafolios de acciones), agobiados por mayores deudas y enfrentados a la creciente posibilidad del desempleo puro y duro; a la americana, pues.

Ciertamente, los mercados financieros no comparten este balance. Un año después de la caída de Lehman, los inversionistas en bolsa se encuentran casi eufóricos, convencidos de que la recuperación económica está a la vuelta de la esquina y que probablemente esta será de naturaleza duradera. Algunos escépticos llaman a este *rally*, con un ojo en la historia, un "sucker's rally", una alza para los bobos, en referencia a la facilidad con que tales alzas son seguidas por caídas todavía más profundas que las ya experimentadas. Como referentes tienen los *rallies* que se produjeron en la bolsa de Nueva York y en otras plazas luego del *crack* de 1929 y que, en conjunto, describen un subibaja que va de 1929 a los primeros años de la década de 1940.

Muy pocos hablan hoy de las lecciones morales del caso Lehman Brothers; de cómo la codicia sustituyó sin ambages a la ética y la cordura; de cómo los intereses personales desterraron los posibles "conflictos de interés"; de cómo las autoridades se hicieron de la vista gorda para no ver la burbuja mas grande de la historia; de cómo los *ratings* de las agencias calificadoras no valen nada, o casi nada; de cómo es de engañosa la autorregulación; de cómo resulta tan fácil a veces arruinarle la vida a miles y miles de personas cuyo único error fue confiar ciegamente en la bondad del mercado. Lehman Brothers, descansa en paz. ■

* Gerente de Europa Partners Latin America SAC.